

1 abril 2020

Ya no hay noticia sobre una marcha de inmigrantes centroamericanos,
ya el camino es de vidrio quebrado
con el horror de las muertes por el COVID, que viene como un monstruo de neblina
que traspasa las puertas del auxilio.

Nos arrinconamos, palpítamos y los ahogos no tienen mar sino miedo. Es mi día 30 de la cuarentena, el padre de mi hija sigue moribundo en otro país, y me amarra la garganta una soga de desesperación. Mi hija es valiente, pero ha tenido días donde siente que se asfixia como su padre en cuidados intensivos. Yo le digo que la sangre es más fuerte que el susto y que ambos son valientes porque se sienten, se conectan a la vida. Es pensar que allá afuera ni tocarse la cara ni estornudar se vuelve un hábito del día, que esperamos nada, o todo. Nada porque el mundo tiene un mismo corazón y todo, porque la vida de los que amamos desean vida para el abrazo.

No es el ritmo del llanto cuando llovió por primera vez, son ríos del paraíso que imaginamos, del Dios que volví a recorrer en mi cuerpo, que algo debe existir para que me dé esperanza, mi caracol y el vikingo que atravesó solitario mis mares, mis historias lejos de la mentira porque sí me sabe a verdad toda esta realidad que padecemos. No es lucha o sí, esto de negarnos que hay mañana o es descubrir al fin que solo el hoy existe, que solo por hoy respiro, y que mi presente es el mismo de todos.

Ya viene otra vez, la lluvia de la incertidumbre, riega mis plantas y le da agua a mis pájaros. Yo escucho sus cantos tristes, sus vuelos cercanos, su abrigo natural y protector. Mi madre ya empezó a deprimirse. Eso es tan duro como un arrastre de tempestad. Quisiera verla feliz como era antes, con sus bailes de luna y sol. Todo ha sido inesperado, mi hermano con sus batallas todo terreno, su cuerpo, su negocio inerte como si el pesimismo nos quisiera matar.

Luisiana Naranjo Abarca

Escritora, docente y promotora cultural